

Mis hermanas me decían la Pelona. Era porque tenía poco cabello y además estaba muy delgadito así que eso de la Pelona me quedaba bien, aunque nunca me gustó que me dijeran así. A las hermanas les gusta molestar. Bueno, las mías nunca me dejaban en paz. En la escuela fui la Flaca para las dos únicas amigas que tuve, y eso que estaban igual de escuálidas que yo. Para todos los demás era la Boba. Boba esto, Boba lo otro, Boba lo de más allá. Yo no me enojaba, pero tampoco les hacía caso, ni que fueran quiénes para mandarme. Ni siquiera terminé la primaria, nunca me gustó la escuela. No aprendí a multiplicar y menos a dividir, con trabajos a sumar y un poco a leer. Mi mamá mejor me puso a que le ayudara en la casa, también me mandaban a traer leña y acarrear el agua. Eso me gustaba más. Nadie me fastidiaba. Tardaba las horas en regresar y ni quién se diera cuenta. Me tiraba en la hierba a ver volar juntos a los pájaros, ora para acá, ora para allá, como si alguien los jalara, o nada más a dejar que el tiempo se pasara mientras miraba como las nubes se revolvían en el cielo. A veces me ponía a corretear los remolinos que el aire formaba con las hojas secas del monte, me metía en medio de ellos y corríamos juntos hasta que se desbarataban. Así me la pasaba, siempre solita pero muy a gusto, no necesitaba a nadie para que anduviera conmigo.

Luego vino lo de la pandemia. Al principio nadie lo creía por acá, pero después la gente comenzó a enfermarse y entonces sí se asustaron, más cuando algunos se murieron. Yo no tenía miedo, al fin que con nadie me juntaba. A la Juana y a la Pecas, que eran mis amigas de la escuela, ya no las volví a ver después de que me sacaron. Cuando llegó el gobierno con las vacunas, mi papá no quería que nos la pusieran, dijo que no confiaba en que fueran a servir. Al final, él sí se vacunó y llevó a mi mamá y a mis hermanas para que también se vacunaran. Nada más a mí no me llevó, quien sabe por qué, a lo mejor por ser la más chica. No se me ocurrió preguntarle, ni me importó.

La pandemia se acabó y las cosas poco a poco volvieron a ser como eran antes. Mis hermanas andaban otra vez de locas con los chamacos de por aquí. Yo no, la verdad es que nadie me hacía caso, yo creo que por lo flaca. Aunque ya estaba en edad de merecer, seguía igual de escurrida que cuando estaba en la escuela. Y qué, al fin que nadie me caía bien. Bueno, sí, el Felipe me gustaba. Una vez, en la fiesta del pueblo, el Felipe, que ya estaba bien borracho, me habló y me pidió que le diera un beso, yo creo que por lo tomado ni se dio cuenta de que era yo la que lo estaba besuqueando. Nos venimos para acá, a donde guardamos la leña. Yo sí quería, pero apenas me estaba bajando los calzones cuando apareció mi papá y lo corrió a palazos. A mí no me dijo nada, pero se fue a darle el chisme a mi mamá. Lo supe porque al otro día me agarró en la cocina y me dijo que no fuera pendeja, que el Felipe era un vago y borracho. A ver, que te esperas de ese güevón, mejor búscate a alguien que cuando menos te dé bien de tragar. Pero los meses se pasaban y también los años y nadie se fijaba en mí, ni siquiera el güevón del Felipe.

Luego de mucho tiempo de que había terminado la pandemia, yo creo que unos tres o cuatro años, algo raro comenzó a pasar en el pueblo: las mujeres se las veían difíciles ya no digo para tener hijos, ni siquiera para encargar. Cuando podían embarazarse, a unas se les venía antes el chamaco, a otras se les llegaba el tiempo y las criaturas no salían o de plano se moría la mamá con todo y todo. Ya mejor las señoras no querían hacer ni el intento. Dejaron de verse bautizos. Las gentes comenzaron a distanciarse unos con otros, entre amigos, entre familiares y hasta entre las mismas parejas, sepa dios por qué. Mis hermanas ya habían conseguido marido y le platicaban a mi mamá que en las noches ellos ya ni hacían el intento de tocarlas y no era porque anduvieran de cuzcos, porque bien que los conocían, le contaban que también ellos estaban teniendo problemas: que ya no se les paraba, y que cuando se les paraba, ya no servía lo que echaban y cosas así. Algo muy extraño estaba pasando y nadie sabía que era. Yo, como nunca tuve ni siquiera novio, nada más las oía. A mí no me interesaban sus argüendes. Después se oyó por ahí de que todo era por culpa de las vacunas. Quién sabe qué de cierto había. Decían que lo mismo estaba pasando en muchos otros lugares.

Un día llegó a la casa gente dizque del gobierno y estuvieron platicando con mis papás y luego conmigo. Que si me habían vacunado. Que si tenía hijos. Que si me había acostado con alguien o con cuántos, antes o después de la pandemia. Válgame dios. No pues no, ni antes ni después, más bien ni quien se me hubiera acercado. Se fueron, pero regresaron después de una o dos semanas. Se entendieron con mi papá. Después me subieron en una camioneta y nos fuimos. La verdad yo ni sentí a los míos. Y cómo los iba yo a sentir si siempre fui la gata de la familia, la Boba y la más fea. Mejor que me sacaron de allí. Aunque no sabía a dónde me llevaban, no tenía miedo, lo que sentía era curiosidad. En la camioneta solo iban los dos fulanos y yo atrás. Los señores ya estaban viejos, así que no desconfiaba que me fueran a hacer algo. Fue un viaje tardado. Con nada más que una torta y un refresco en la panza, que nos comimos a medio camino, llegamos por fin a un edificio grande. Dijeron que allí me iban a cuidar y me dejaron con una doctora y dos enfermeras. La verdad, ahí sí me entró miedo, me pareció como si estuviera en un lugar para loquitos, así lo había visto en una película de la televisión. Le pregunté a la doctora y me dijo que no me preocupara, que me iban a tratar muy bien. Me llevaron a un cuarto bonito, pintado de colores con una cama grande y muy blandita y televisión y todo. Cada día me llevaban mi desayuno en la mañana y más tarde la comida, todavía me traían algo antes de que me durmiera. Era como estar en una casa de ricos. Me sentía contenta.

Después, los días empezaron a hacerse largos. Como no podía salir del cuarto me la pasaba comiendo y viendo la televisión. Era muy aburrido. La única ventana, que el cuarto tenía medio escondida detrás de unas cortinas, estaba clausurada con tablones, no sé para qué, aquello estaba muy alto como para pensar que alguien quisiera salirse del encierro saltando desde allí. Las enfermeras que me traían la comida hablaban poco. La doctora iba a revisarme de vez en cuando, pero tampoco platicaba nada conmigo. Una vez le pregunté que hasta cuando iba yo a estar en ese lugar y me dijo que estaría todo el

tiempo que fuera necesario. Eso me sonó a que no iba a salir en mucho tiempo. No es que me trataran mal, pero extrañaba andar en el campo, ir para donde yo quisiera. En ese cuarto ni siquiera entraba el sol.

Un día llegó la doctora con un tipo alto y flaco, güero por más señas. Parecía como si estuviera asustado, aunque nunca entendí porqué, si lo que iba a hacer no era para que se asustara. La doctora hizo que nos quedáramos en cueros y luego nos acostó en la cama, como marido y mujer. A la doctora yo le había contado que nunca había conocido hombre, pero no le importó, me puso a hacer cosas con el güero como si fuera yo la más güila de las güilas, como si hubiera tenido antes cinco maridos. Ahí estuvo el güero, montado encima de mí y dale que dale hasta que terminó. La doctora metió en unos frasquitos muestras de lo que me escurría, con sangre y todo y se fueron. Ahí me dejaron, adolorida, chorreando porquería y muy enojada. Muchas veces había pensado cómo iba a ser la primera vez que me acostara con un hombre. Me acordaba siempre de aquel día que casi lo hice con el Felipe. A veces pensaba que no iba yo a estar con nadie porque el tiempo se me estaba pasando. Mejor hubiera sido así y no como fue, con un fulano que ni conocía ni supe quién era, y todavía hasta con público. Me enojé mucho, y no es que me las diera de muy guapa, siempre supe que estaba fea, pero de todas maneras, que poca madre tuvieron. Siquiera me hubieran advertido de qué se iba a tratar todo este pinche asunto.

Me quedaba tendida en la cama todo el día. Me acostaba viendo al techo, acordándome como pasaban los pájaros cuando me tiraba en la hierba, allá en el pueblo. Me siguieron trayendo hombres cada que se les daba la gana, para que me hicieran sus cosas. Siempre era lo mismo. Después ya no me trajeron a nadie porque quedé panzona. Quien sabe quién habrá sido el padre del chamaco, tantos hombres que me trajeron. Entonces llegaba la doctora todos los días a revisarme. No me decía nada, me revisaba y se iba. Yo tampoco le preguntaba, ¿para qué? Ni siquiera sabía cuánto tiempo hacía que estaba allí ni sabía lo que había pasado allá en el pueblo.

Me estuvieron trayendo a la niña para que le diera de comer, tiene los ojitos azules y está muy bonita, quién sabe a quién se parece, a mí no. Luego dejaron de traerla. Eso me puso triste, sentía en el estómago una bola apretada que no se quería deshacer y que me hacía llorar quedito en las noches. Yo creo que hasta a la doctora se le ablandó el corazón y me dijo que no fuera tonta, que la niña iba a estar bien, que la iban a cuidar mucho, que al gobierno le interesaba que los niños crecieran sanitos. Me dejaron descansar unos días y después comenzaron otra vez a traerme hombres. Hijos de la chingada, por qué no se iban mejor a coger a su puta madre.

Me nació después un niño y pasó lo mismo. Me lo estuvieron trayendo igual unos días, o meses, allí no se sabía de tiempos, para que le diera de comer y después ya no lo vi. Otra vez me puse triste. Ahora fue una de las enfermeras la que me habló. Me dijo que me aguantara, que tenía suerte de estar ahí, que afuera la gente se estaba muriendo en todos lados y nadie sabía que era lo que estaba pasando. A lo mejor tuvo razón, o a lo mejor no, de todos modos yo no quería que me siguieran quitando a mis hijos.

Cuando estuve esperando a mis dos primeros niños me hacía ilusiones. Con el primero no sabía que me lo iban a quitar y todavía con el segundo pensé que a lo mejor me lo dejaban. Ya después, con el tercero y con el cuarto sabía lo que iba a pasar, así que no dejé que me nacieran esperanzas de que se fueran a quedar conmigo. Procuraba mirarles su carita lo menos posible y ni el intento hacía de acariciarlos. Me dolieron, cómo no me iban a doler, si eran mis hijos, pero con éstos ya no chillé tanto cuando los dejé de ver.

Me siguen trayendo hombres, pero ahora me los traen más espaciados y ya no están jóvenes como antes, ahora vienen más creciditos, a lo mejor ya se están acabando los muchachos, vayan ustedes a saber. Yo misma ya no estoy como cuando llegué aquí. Ya no estoy flaca como antes, más bien me puse un poco gorda con tanta comida y tantos hijos. Con estos viejos que me traen, el asunto es rápido. Por mí está mejor. Quien sabe hasta cuándo sirva yo para tener hijos. Mi mamá tuvo siete, pero empezó muy chamaca. A lo mejor pronto me regresan a mi pueblo. Quien sabe que será de mis papás y mis hermanas. El tiempo me sobra para pensar y acordarme. A lo lejos mis hermanas ya no se ven tan cabronas como me las recordaba antes. Hasta a veces siento que extraño a mi mamá y a mi papá. Yo creo que el tiempo y la distancia te hacen ver y pensar cosas que no son, pero de todas maneras me gustaría regresar a mi pueblo y a mi casa, a ver cómo está todo.

El tiempo sigue pasando. La doctora ya no ha venido desde hace muchos días. Solamente se aparece una enfermera cada tarde a traerme algo de comida. Parece que ya no tiene miedo de platicar. Me dijo que se ha muerto muchísima gente. Que los que no se habían vacunado ahora sí se están enfermando y los que ya se habían vacunado, además de no tener hijos, ahora se están volviendo a enfermar, quien sabe de qué. Total, que se están muriendo al parejo niños, jóvenes y viejos, se hayan puesto o no la mentada vacuna. Me sentí triste, no por mí, que como sea creo que ya viví lo que me tocaba. Más bien me sentí triste por mis hijos que apenas conocí. Sabrá dios que habrá sido de ellos.

Ya van dos días que no me traen nada de comer, ni siquiera agua, y no ha venido nadie a verme. No estoy muy segura de lo que hago, pero decido abandonar mi cuarto para encontrarme en un pasillo largo con puertas de madera a cada lado. Están cerradas y prefiero dejarlas así. Todo está en silencio. La luz del sol que entra por las orillas de las puertas es lo único que me alumbra el camino. No veo a nadie ni escucho nada, sólo silencio. Bajo muchos pisos por las escaleras, no encuentro a nadie. Cuando estoy abajo sigo por otro corredor más corto para llegar a una puerta grande de cristal. No tiene llave, la abro y salgo directo al campo. El sol ya está alto. Me siento viva, como no me sentía hace mucho tiempo. Quiero correr pero las piernas no me responden. Mis rodillas se doblan. Mi cuerpo todo se tiende poco a poco en la hierba. Aspiro con todas mis fuerzas el olor de la tierra, mientras veo cómo se revuelcan las nubes en el cielo y cómo los pájaros vuelan muy juntitos, ora para acá, ora para allá, como si los jalaran con un mecate...